

JUAN MIR LLAMBIAS

Mañana, hoy para el lector, cumple 90 años un amigo al que quiero y admiro. Montoto recordó este aniversario, en la tertulia del Dineret y lo relacionó acertadamente, por paralelismo profesional, con el día en que cumplió la misma edad su abuelo político el farmacéutico don Jaime Ferrer y Aledo. Con dicho motivo, sus compañeros le entregaron un pergamino que él conserva. Homenaje bien merecido por sus trabajos como naturalista, colaborador de Odón de Buen, dedicado primordialmente, aunque no exclusivamente, al estudio de la fauna marítima de Menorca. Publicó el catálogo de los peces de nuestras aguas, reunió la colección existente en el Museo del Ateneo y tuvo el honor de que le dedicasen una especie que él clasificó por primera vez, el *Athya Ferreri*, "roseti blanc en pla" y le nombrasen académico de la de Farmacia de Madrid. Por cierto que me ha llamado la atención el que en un reportaje que hoy publica este Diario se diga que no hay bibliografía sobre biología marina y pesca, olvidando los trabajos de este autor y de Pedro Ballester.

Pero, de lo que hoy se trata, es de hablar de Juan Mir Llambias, farmacéutico también, que no se limitó sólo al ejercicio rutinario de la profesión sino que aplicó sus conocimientos y, sobre todo su aguda inteligencia, pareja a la de su tío Juan Mir y Mir, a la investigación orientada a resolver problemas de la Isla.

Sus trabajos han repercutido positivamente sobre toda Menorca. Ello me ha inducido a escribir estas líneas

de homenaje porque he creído que la celebración debía salir del ámbito familiar.

Nació y creció en la casa que ya fue cuna de Juan Ramis y Ramis y jugó en los salones en los que este menorquín ilustre reunía en el siglo XVIII a la sociedad cultural que fue germen de la Ilustración en nuestra ciudad, o sea en ambiente propicio al saber.

Se hizo licenciado en ciencias químicas y después farmacéutico al mismo tiempo que frecuentaba la tertulia de la farmacia de Mauricio Hernández de la que eran asiduos su padre, hombre enamorado del campo y del progreso, a cuyo fin dedicó múltiples actividades, entre ellas la creación de la Cámara Agrícola, y su tío Pedro Ballester, uno de nuestros más brillantes juriconsultos y cultivador de las ciencias económicas y sociales. Quizás en dicha rebótica se inculcó su vocación no sólo por la farmacia sino también por la ciencia porque Mauricio fue, toda su vida, un constante investigador. Gracias a él conocemos la meteorología de Menorca desde hace un siglo, como en casi ningún otro lugar, y el Museo del Ateneo posee una completa colección de aves disecadas por él mismo. De aquella tertulia novecentista nació el Ateneo, entidad de la cual Juan Mir y Mir fue muchos años directivo y conservador del Museo.

La farmacia que construyó al establecerse es un modelo de la arquitectura de aquel tiempo y por ello el Ayuntamiento la premió como edificio ejemplar hasta en sus detalles, como los forjados de los ventanales

diseñados por Hernández Sanz.

Pronto sucedió a Mauricio Hernández en la dirección del laboratorio municipal instalado en lo que hoy es Casa de Infancia y fue nombrado inspector Farmacéutico Municipal, cargo que desempeñó durante muchos años.

Dio clases en el Instituto aunque lo suyo no era enseñar a niños. Lo que siempre le ha apasionado ha sido resolver el problema concreto aplicando ciencia y raciocinio para desentrañar la cuestión y estudiar todo lo necesario para llegar al fin propuesto.

Muchos industriales o particulares acudieron a él en busca de solución para una dificultad de carácter químico y siempre se afanó por resolverla con la ilusión de aquellos en quien ha coincidido la afición con la profesión. Unos de éstos fueron Montañés, Orfila, Masanés y Piris que habían iniciado la fabricación de queso fundido gracias a la intuición del primero y el espíritu emprendedor de todos. La producción y sobre todo la conservación de los quesitos pasaba por serias dificultades, como es natural en la introducción de una tecnología moderna, y no tenían donde acudir por ser una fabricación nueva en España. Juan Mir se lanzó en busca de la solución. Alguno desconfiaba del éxito pero él estaba seguro de que lo alcanzaría, prueba de ello es que cuando la nave atravesaba el vórtice de la tormenta se embarcó como socio.

La empresa superó las dificultades iniciales y ha llegado a lo que hoy es "El Ca-

serio" gracias a una constante investigación para estar al día de nuevas tecnologías y satisfacer la demanda del mercado.

Como en España no podían hallar la información científica que necesitaba, aprendió alemán y se fue a Alemania, nación que entonces estaba en punta en industrias químicas y hacia la que sentía gran admiración.

Durante la guerra civil improvisó la fabricación de un sustitutivo del Ceregumil para aliviar la penuria alimenticia de los enfermos. El bloqueo internacional posterior impidió la importación de los productos imprescindibles para la fabricación de los quesitos. La fábrica se hubiera paralizado de no haber montado Juan Mir la producción pirofosfatos por medios artesanales y en cantidad suficiente para suministrarlos a otras industrias químicas. Ello son sólo unas de tantas anécdotas del espíritu investigador de este científico que a pesar de sus años sigue al día los avances de la técnica.

Quizás pocos menorquines se han parado a meditar los bienes que a la isla y en particular a nuestra agricultura han proporcionado Juan Mir, Pedro Montañés y sus socios, al abrir nuevos mercados al queso, permitir la expansión de la ganadería y crear puestos de trabajo.

En este día de alegría que celebrará rodeado del cariño de los suyos, he creído de justicia que con mi felicitación fuera la gratitud por la eficacia con que ha trabajado por esta Roqueta que tanto amamos.

MATEO SEGUI
MERCADAL